

de Cazorla, Juan de Carrillo, tuvo a bien hacerse para sí con todas las pertenencias de la aldea, y con sus campos y moradores, darle el título de villa y rollo justiciero de hermoso fuste y capitel gótico que levantó en el camino de Toledo, y acompañarla con su apellido hasta el final de los tiempos, pues como Villa Carrillo era conocida hasta principios del siglo XVI. No obstante, ninguno de estos nombres hubieron de ser los primeros que luciera Cuerva entre los pueblos colindantes, pues anota el profesor Jiménez de Gregorio que documentos de 1220 hacen ya referencia a estos habitantes como nacidos en Villar de Corva, de donde se colige que Corba dip-tonga en «Cuerva». Sin embargo...

Anales más imprecisos señalan que un día de mayo acertó a pasar por esos pagos un príncipe de ignorado nombre y vio mirando al poblado, que ya era villa, un paraje desolador: casas abombadas y caídas, apaisadas otras, alguna ardiendo y bastantes ennegrecidas:

-¿Qué pueblo es tal?  
-preguntó el hijo del rey.

-Villa Carrillo, señor  
-contestó la «mandrecha» del secretario.

-Desde ahora habrás de nombrar  
Cuerva.

Y esto acontecía al pasar la villa a manos de los Garcilaso de la Vega.

Pues bien, entramos en Cuerva por la carretera que cruza Layos y Pulgar, entre tierras arenosas y débilmente alomadas. Sobre ellas crecen los almendros y surge cada primavera el milagro entre los troncos leñosos de las vides, que se allegan hasta la vieja cañada para saludar a las primeras casas de la villa. El filo de la carretera se estira en su fondo con la arrogante estampa de la exuberante fábrica eclesiástica y la esbelta torre que empina desde sus pies, y allí mismo, junto al labradísimo Cristo erguido sobre el fuste, en la puerta lateral, nos espera Paco, nuestro cicerone en esta ocasión. Enfrente de la puerta principal, cerrando el espacio, se extiende la fachada de la Ermita de Nuestra Señora de Gracia, cerrada a cal y canto; no así la iglesia, pero ahora vamos al noble Colegio de Gramáticos. Reparamos, no obstante, en los exteriores, junto al auto, se yergue un arrogante escudo de los Garcilaso, en el que sobresale el campo central con cinco hojas de higuera para significar su parentesco con la familia Figueroa, que encuentra su etimología en la bíblica FICARTA; y al lado, en el ex-

terior del ábside, se distinguen con dificultad Vítores de alumnos que fueron del Colegio de Gramáticos y una fecha, 1756, envuelta en un marco esgrafiado de connotaciones gótico-mudéjares.

En el trayecto observo que el nombre moderno de las calles pretende hacerse con los antiguos rótulos que, con seguridad, hablaban de páginas de la intrahistoria corvanca. ¿Por qué esas calles no han sido dedicadas a cualquiera de los nuevos personajes sin necesidad de borrar de la memoria colectiva el decir sufrido, benefactor, anecdótico o airoso de aquellos primitivos rótulos callejeros? Dos largas fachadas de casas encauzan otra de dos

plantas con resonancias neoclásicas cuyo travesaño, incrustado sobre jambas de granito, deja leer: «Posada año 1858. Por

la calle «Participes» desfilan alargadas fachadas con viejas puertas claveteadas partidas en dos o cuarteadas, fornidas aldabas, rejas con motivos florales y ventanucos a distintas alturas llamados boquerones que hablan de la impronta clasicista, enseña distintiva de la villa de Cuerva. Una casona renovada en su antigüedad recoge para sí y para el visitante el encanto emanado de la conservación y de la comodidad moderna:

los anchos muros blanqueados, el techo del portal con las vigas de siempre y las losas del suelo de impasible granito, las de siempre también. La puerta también es la de siempre, enmarcada por piezas labradas de granito del siglo XVI. Parras y árboles frutales... Queremos ver el fresco y frondoso patio, pero el ama no está en la casa. En la misma acera, una puerta entreabierta, repleta de cabezotas de clavos, enseña un patio en el que se apiñan numerosos fustes de distinto tamaño, algunos capiteles, basas, pilas y brocales de granito, y Paco señala en la fachada una curiosa figura de granito que no cesa de sonreír. ¿Será la marca del cantero?...

Enfrente, la puerta principal del Colegio con dos soberbios escudos sobre la puerta de entrada libres de sus respectivas coronas. Cruzamos el ancho portón y la desolación se apodera de nosotros: Jaramagos, feroces ortigas, zarzales, yerbajos y pastizal invaden las losas del patio interior, en torno al cual giraría una vida de silencio y estudio, de cánticos inarmónicos al principio, acompasados y angélicos después; una vida más tarde lujosa y caballeresca, adornada con chapadas ropas, músicas acordes y aromas tan exquisitos como exóticos; y aún más tarde, una vida

